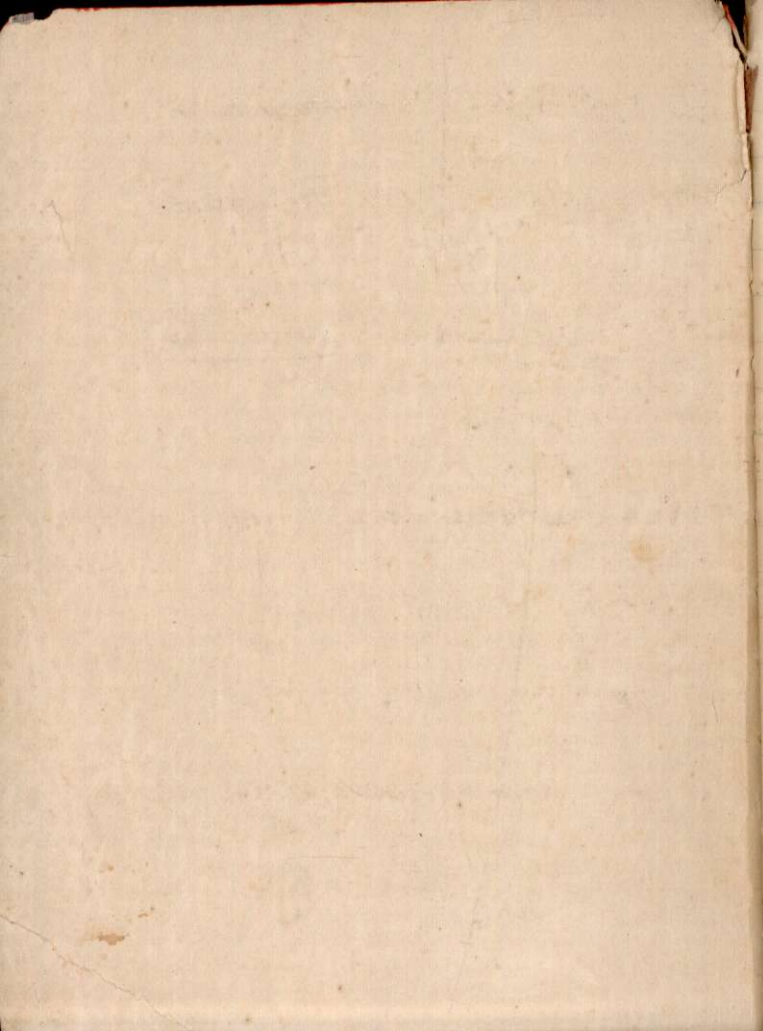




TEATRO. Volumen V

Francisco Villalpessa

3025

AYUT.º ALMERIA

F. VILLALPESA

Donación: A. MORENO

EL DESCONOCIDO.

(comedia en un acto y  
en prosa de Fernando  
Norziere)

arreglo castellano de  
Francisco Villalpessa

Santa Maria  
6 de Febrero de 1929.

## Personajes

Madame de Laigues, en  
la Religión Hermana Agata, 60 años.  
Mlle Michelet, en la Religión  
Hermana Marta, 60 años.

El Desconocido, 40 años.

El Abad de Mayrol, 65 años.

La acción en París, en 1793.

Once y media de la noche de 21 de  
Enero.

Acto Único.

Una buhardilla en una vieja casa en el barrio de San Martín. Dos esteras apoyadas en la pared, a la izquierda y de fondo. Entre ellas, la puerta que da a la escalera. Al fondo, un fogón y junto a él algunos haces de leña. Al lado, sobre una mesa, un relicario precioso. A la derecha, una vieja cómoda, entre dos armarios. Entre el fogón y el primer armario, una puerta que da por un cuartito. A la derecha, en el primer acto, dos candilabros, algunos platos, tres copas, tres cuchillos y un pan. <sup>Todo sobre una mesa</sup> Una ventana a la izquierda.

Escena I

El Abad y la Hermana Agata.

Al levantarse el telón los dos están sentados junto a la mesa. El Abad lee su breviario, y la Hermana reza con el rosario.

Se suben cuando el Abad levanta  
los ojos y presta oídos. Entonces la  
monja cesa de orar e intenta tam-  
bien oír. Oye sonar los campanas de un  
reloj.)

Sor Agata. Las once y media y la Her-  
mana Agata aun no ha vuelto.

Abad. Ponga confianza en la misericor-  
dia de Dios.

Sor Agata. Mas tengo miedo. No debia  
haberla dejado salir esta noche. Esta  
ya muy vieja para andar por las calles  
en este tiempo.

Abad. Tiene vuestra misma edad, her-  
mana.

Sor Agata. Mas yo soy mas fuerte. ¿Que  
le habrá ocurrido?... Señor!... Han mas  
de dos horas que salió.

Abad. Aun está nevando?

Sor Agata. (Aproximándose a 3027na)  
cada vez más.

Abad. Eso ha de obligarla a andar más  
despacio. La calle es una ladera. ¡Quiera  
Dios, que no se un resbalón!

Sor Agata. Ah, señor Abad!... No es eso  
lo que nosotros tememos...

Abad. Perros. (Vuelve a leer su breviario)

Sor Agata. (Detiene el rosario, mas trata  
de en levantarse sobresaltada) Me parece  
que oí cerrar la puerta de la calle. (Va a  
la puerta, abre la y escucha por un instante  
y después vuelve) No... Me engañé...

Abad. Probablemente fue el viento.

Sor Agata. ¡Que noche horrible!

Abad. Yo era el que debía haber ido.

Sor Agata. No diga eso, padre... A veces  
a veces andan buscando. No debe salir  
lo reconocerán al momento; rená de...

ciado, ¿no es?

Abad, y vosotras, hermanas, han de sufrir así por una causa? ¿Es posible que continuéis arriesgando sus vidas por defender la vida...

Sor Agata, Nuestras vidas? Bien sabéis, padre, que nosotros no vivimos desde el día en que la revolución dispersó nuestro convento. Por lo tanto, su vida es más preciosa que las nuestras...

Abad, ellas; pero ¿para qué pueden ya servir en este mundo?...

Sor Agata, Para oír la confesión de los fieles.

Abad, ¿Restan tan pocos? (Mudando de tono) ¿Ella era hermana de la Hermana Marta?

Sor Agata, Y ella tenía tan sólo que ir a la casa de aquel buen hombre que

nos prometis las hostias... No  
creo que el fuese capaz de denunciar  
la...

Abad. El miedo es capaz de inspirar  
las mayores infamias. (Escuchando de  
nuevo) Mas ahora... no me carga  
ya... llaman...

Sor Agata. (Se pone un dedo en la boca  
y queda inmóvil, esperando. Llaman de  
nuevo de un modo característico) Ah,  
Es la hermana Marta!... (Abre la puerta  
con precaución)

### Escena I.5

Dichos y Sor Marta.

Sor Marta. (entra muy pálida, cubierta  
de nieve) Padre, padre... ¿quién es? El  
hombre está ahí... el hombre que... (Se  
jase caer sobre una silla, jadeante) Her-  
mana, mire si el está aún en la calle...

(El Abad hace un movimiento para aproximarse a la ventana) No... el padre, no!... No debe que el lo vea...

Sor Agata (espía por las cortinas, sin abrirlas) Si... Ves un hombre parado, a pesar de la nieve, al otro lado de la calle... Parece que está observando la casa...

Sor Marta. Hace dos días que ese hombre me espía y me sigue.

Abad. Está bien cierta de eso?

Sor Marta. Oh, bien cierta! Yo poro cuando salí de aquí, él estaba delante de la puerta, como si me esperase. Se jome pasar, como si no me hubiese visto. Yo no tuve valor para volver atrás... mas desconfiando de que él me siguiese, no quise ir directamente a la casa del buen hombre que me

formere de hostias. Si vuelta por  
una porción de calle... El está  
aquí ahí, hermano. Agata,  
Sor Agata (a la ventana) Está pasan-  
do de un lado para otro.

Abad. Mas, cuente, hermana, cuente.  
Sor Elvira. Como esas calles estaban  
desiertas, silenciosas, yo oía sus pasos  
detrás de mí. Mi miedo era tan grande  
de que no tomar fuerzas por camino  
nada... Mas no podía dejar de ir a bus-  
car las hostias. Cuando llegué a la puer-  
ta de la casa del Señor Dorot, este me  
abrió al instante. Entre temblando, con  
gustosa, y notando que el hombre que  
me seguía estaba quedando pálido en la  
calle, se lo advertí a su vez. Buenam-  
za Dorot. Él fue a la puerta y apenas  
vio al hombre, volvió completamente

305  
trastornado, berridos de furor, gritan-  
do: "tu nos quieres comprometer, mis-  
erable, anarquista, larguete, y  
no quieres regocijarte con tu espe-  
cie!" Mas su esposa ya me habia  
entregado las botas, y ahora me ha  
sentado para que yo no le diese im-  
portancia a sus palabras y saliese  
caliente de prisa, para no comprometer  
a su marido. Salí tan atolondrado,  
veniendo de prisa a sorpresas... fui  
por el camino varias veces... No se  
de podido llegar hasta aquí...  
Abuelo Mas, ¿quién será ese hombre?  
Sor Marta. Debe ser algún perso-  
nalidad de los muy terribles, porque  
al verlo, el Señor Doroteo, quedó co-  
mo un alumado, al entrar aquí  
observé que aun continuaba persiguiendo

dome.

Sr Agata. Mas ¿quien sabe si es un enemigo? Tal vez sea la persona que el señor de Langeais, quedo en mandos para conducirnos al extranjero.

Abad. Mas, entonces, ¿por que nuestra doct pudo dar alarmas al verlo?

Sr Agata. Tal vez reconociese en el al 'gun aristocrata perseguido por el Comité de Salvacion Publica, y, por eso tuviere recelo de quedar comprometido.

Abad. Es imposible.

Sr Marta. Nuestros Medanos a tal extremo de miseria que toda esperanza no parece imposible.

Sr Agata (desde la ventana). Esperen... El hombre atravessa la calle y parece que entra en esta casa...

Sr Marta. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

0008  
(Quedan todos un instante en silencio. Después  
llaman levemente a la puerta)

Sor Marta (en un saltemento, en voz baja) Es  
andare, padre, escúdense...

Abad. Mas...

Sor Marta. Escúdense, de prisa!

Abad. Voy a orar por nosotros! (Entra  
en el cuarto de la izquierda. Caen de  
muerto.)

### Escena III

Sor Agata, Sor Marta y El Desconocido

Sor Agata. (Abriendo la puerta) ¿Que quieren,  
ciudadano? (En voz baja, a Sor Marta) ¿Es este?  
(Sor Marta hace un señal afirmativa)

El Desconocido (de pie en el umbral, observando  
la buhardilla) ¡Que tristeza!

Sor Agata (baja a Sor Marta) No parece malo!

El Desconocido (cerrando la puerta y adelantán-  
dose con vaivanes) Yo no voy aquí como un ex-

migo, ciudadanas! Sin duda, están desconfiadas, porque han visto rondando la casa. Virrines en un tiempo en que todos tienen recelos de los delatores, y las señoras tienen, mas que nadie, razon para temerlos.

Sor Agata. Porque, ciudadanos?

El Desconocido. Porque sus parientes son emigrados; huyeron para el extranjero para combatir a Francia y a la Revolucion.

Sor Agata. Están defendiendo sus derechos.

El Desconocido. Hay quien entiende que están atacando a su pais. Es claro que las mujeres no tienen culpa de eso; mas la verdad es que son sospechosas.

Sor Agata. Mas que mal hicimos nosotros?

Expulsamos de nuestro convento, prohibimos continuar siendo monjas. Virrines a morir aqui, sin intervenir en nada ni para nada...

El Desconocido. Es eso mismo. Yo no estoy diciendo que sean culpables. Digo que son sospechosos. Y saben perfectamente el valor de esa palabra en los tiempos que corren. Ser sospechosos es lo bastante para ser vigilados, para interpretar siempre mal sus actos. en suma: es lo suficiente para ser preso, juzgado.

Los Agata. Ciudadanos, no evidente intención de nos. Ya nos habituamos a vivir bajo el peso del terror.

El Desconocido. No es eso. Están sugestionados en cuanto a mis intenciones. Yo quisiera ser favorable a los que los conozco y que me sería fácil denunciarlos y provocar el furor popular. Dos mujeres pertenecientes a las principales familias de Francia. ¿Que mayor tan precioso para la plebe! Además, las novias están sujetas a una acusación m...

grave, á un crimen previsto por la ley.

Sr. Olarta. Cual?

El Desconocido. Isenden aquí a un padre que escapó de la matanza de los Benedictinos.

Sr. Agata (con voz débil) Es falso.

El Desconocido. No intenté negar. Es el abate de Alayral. Por lo tanto, sea que me sería fácil denunciarlos y atraer sobre los señores los furros de la multitud. Si yo quisiera, hace ya muchos días que estaría en posesión.

Sr. Agata (inducida) ¿Entonces?

El Desconocido. Entonces? Yo no lo sé. Y lo digo para probarle que yo vine aquí en calidad de enemigo.

Sr. Agata (ofreciéndole una silla) ¿Entonces, quién es el señor?

El Desconocido (sentándose y volviéndose por Sr. Olarta) Y la señora con tanto miedo de mí, ¿no sabe, cuando fue

108  
a buscar las hostias...

Sor Marta. Ah!... También lo sabe?

El Desconocido. Yo soy cristiano, hermana.

Sor Agata. Mas ¿quién es el señor? ¿Será a  
quél que esperamos?

El Desconocido. No se a quién están esperando,  
mas me comprometo a protegerlos in-  
eficazmente que cualquiera de sus amigos.

Sor Agata. Tan poderoso sois?

El Desconocido. Yo estoy encima de la Con-  
vención, encima de los partidos. De mi  
nunca nadie sospechará. Y si me hicieran  
el favor que voy a pedirles, yo los protegeré.  
Fingirán ignorar la identidad del  
Abad de Mayoral, y el nunca más se  
verá obligado a esconderse.

Sor Marta. Mas ¿qué desea el señor?

El Desconocido. Hablar con el Abad de Ma-  
yoral.

Sr Agata. ellos el no está aquí. Nos-  
tra, no le conocemos...

El Desconocido. Oh! ves que continuo  
desconfiando de mi. Piénsalo que lo estoy  
exponiendo para perderlos mejor. Ya  
se que el abad de Hecral está aquí. Se-  
ñor capar de jurar que eso no es verdad?  
Jurar sobre un crucifijo?

Sr Agata. Señor... ya...

Escena IV.

Los mismos y el abad.

El abad. (Entrando) no jure, hermano (al  
Desconocido) ¿Le pido de mi?

El Desconocido. Padre, yo le pido perdón. Fu-  
forzado a decir la voz como si estuviere amena-  
zando a estas santas criaturas, por que pre-  
cisaba absolutamente que el señor apare-  
ciera.

El abad. Vinió a prenderme?

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

303  
El Desconocido. No... no... no piense que soy  
uno de sus perseguidores... Al contrario;  
preciso de sus socorros...

El Abad. ¿Que puedo yo hacer por vos? Yo,  
un proscripto, obligado a vivir oculto, ¿puedo  
prestar auxilio a alguien?

El Desconocido. Si, el señor es un sacer-  
dote, ¿pue no presta juramento a la  
revolucion; por lo tanto me es complice  
de mis crímenes. Es al señor a quien  
yo busco, porque los padres sumisos a  
la revolucion recusaban su asistencia.

El Abad. ¿Cometis entonces alguna  
falta contra la Convencion. ¿Quiere que  
yo le oiga como confesó?

El Desconocido. No, padre. Yo sirvo fiel-  
te al gobierno. Cumpla rigurosamente  
mis deberes de ciudadano. Vengo solo  
a pedirle que diga una misa.

El Abad. Las iglesias están cerradas.

El Desconocido. Yo se que el señor celebró el oficio diario en este cuarto.

No lo niegue, padre. No recuse lo que le pido. Trátase de una misa por un muerto. (Bueno la cabeza, muy abatido)

Por Marta. Perdió algún ser que le era muy querido?

Por Agata. Tenga resignación... Dios le de fuerzas para resignarse!

El Abad. Tenga fe, hijo mío!

El Desconocido. Sí... mas perdíle por verse por mí y por aquel que murió hoy.

El Abad. ¿Cuánto?

El Desconocido. ¿Lo sabe aún?

El Abad. Vivimos encerrados entre estas cuatro paredes. No vemos a nadie. Estas prescripciones solo sirven para comprar los alimentos indispensables.

208  
Sor Agata. Mas, quien fué? Quién murió?  
El Desconocido. El Rey;  
El abad. Como? Ellos osaron? (El Desconocido hace tristemente una señal afirmativa. Las dos mujeres caen de rodillas, gimiendo) Mas, entonces... entonces... La Con-  
vención ha perdido el sentido... es capaz  
de matar también a la Reina y al Del-  
fini.

El Desconocido. No... a esto no se atreven. Por  
lo menos yo tengo esa esperanza.

Abad. ¡Dios tenga misericordia de noso-  
tros! Mis hermanas. Nuestro primer deber  
es orar... Vayan a prepararlo todo para  
la misa. (Las dos mujeres, llorando, pa-  
san para el otro cuarto)

Escena V.

El Desconocido y el abad.  
El abad. Yo no quisiera interrumpirlos delan-

te de esas pobres criaturas! No le quise pe-  
dir de detalles, que los habian llenado de  
horror.

El Desconocido. Ellos, padre, ya que puedo  
decirle? Nada se...

El Abad. Entonces el suplicio fue infran-  
gido oultamente?

El Desconocido. No, señor, en pleus sol, en  
la plaza publica.

El Abad. ¿El pueblo no se levanta, reinvul-  
to para salvar al Rey?

El Desconocido. No hubo una sola protesta.

El Abad. ¡Es imposible! Entonces ya no  
queda, en la ciudad, una sola alma  
verdaderamente cristiana?

El Desconocido (torpidamente) no se atre-  
ven!

El Abad. El Señor estaba allí? (El Desconocido  
curva la cabeza) Oiga... No se puen

sois... Solo veo que tuos piedad del Rey-mar-  
tis... Pero tampoco os atais protestar. Asi-  
ti' a' ese sacrilegio por mera curiosidad?

El Desconocido. No, padre. El cargo que  
ejers me obligaba a ello... Si no fuese...

El Abad. Yo fudole perdon, hijo mio. Ves  
bien que no es uno de esos miserables  
que se deleitan con el espectáculo de  
la muerte... Porque debe haber sido  
horrible... horrible...

El Desconocido. ¡Oh, si! Habia entre los  
asistentes algunos otros graves, con-  
movidos. Mas la mayoria insultaba al  
Rey, vociferaba con odio.

El Abad. Perdonales, Señor!... ¿el?  
Soportó el suplicio como el divino  
Salvador...

El Desconocido. con mucha calma...  
muy cortés. Temblaba un poco, mas era

de frío. Intentó hablar a la multitud, mas  
un redoble de tambores le aporreo la voz.  
Entonces, él, se entregó a su suerte.  
El Abad; Que horror!

El Desconocido. La muerte es siempre un  
horror. Si los jueces lo supiesen nunca  
condenarian. En fin. La muerte del Rey  
causeme un abatimiento tan profundo,  
que yo no tendré paz mientras no sea  
dicha una misa por su descanso.

El Abad. Si... Si!... (Va a la puerta  
del cuarto y llama) Veigan, hermanos!  
Escena VI.

Sichos y Sor Afata y Sor Marta.  
(Las dos monjas entran vestidas en los  
hábitos de su orden, trayendo los ornamen-  
tos para el altar)

Abad El altar es muy pobre, y acaso sea  
este el único oficio celebrado hoy por el alma

de nuestro Rey. (Bombardeo a arreglar el altar)

El Desconocido (irguiéndose, bruscamente)

Bien. Ahora tengo que irme.

El Abad. (estupefacto) ¿Cómo? ¿No se queda a asistir a la misa?

El Desconocido (humildemente) No puedo!

Sor Agata. Tiene miedo que alguien...

El Desconocido. No. Yo no tengo miedo. A mi modo puede acontecerme.

Sor Marta. ¿Dios quien es el señor?

El Desconocido. No me pregunte. Constan-  
temente con saber que yo los protegeré y na-  
da les acontecerá. (Al Abad) La misa  
será resada?

El Abad. Yo lo juro. Por última vez, per-  
mitidme que le pregunte por que no puede  
verle? Es un interdicto?

El Desconocido (Dejando caer los brazos)

con desolación) Soy un desgraciado, un maldito! Tened piedad de mi desesperación!

El abad. Yo tengo piedad de todas las miseras.

El Desconocido. Algun día tal vez vendrá a salvarlo... Yo soy un padre mío! Yo me avergonzaria si le hablase de pagar el servicio, me va a celebrar por el regreso del Reg... Mas, pídale que acepte esta reliquia. (Entregándole una pequeña caja) Estoy cierto de que sabrá comprender su valor... Muchas gracias, padre mío. Adios, hermanas. (Sale rápidamente)

### Escena ultima

Todos menos El Desconocido.

El abad. Es extraño.

Sor Marta. ¿La reliquia será esa?

El abad. (Abriendo la caja) Un paneclo.

(cabrelos)

Sor Agata. Esta mancha de sangre...

El abad. Ah! (Con la mano tremula se  
toca una de las esquinas del pañuelo)

Sor Agata. La corona real!

El abad. Es la sangre del Rey.

Sor Agata. Mas, como pudo ese hombre  
apoderarse de ese pañuelo y mojarlo  
en la sagrada sangre?..

Sor Marta. Era preciso que estuviese muy  
cerca de la terrible maquinaria.

El abad. ¡Cielos!.. Yo he oído decir que  
solo el verdugo tiene el derecho de que-  
darse con alguna cosa del ajusticiado!

Sor Marta. ¡Dios mío!.. Ese hombre es el  
verdugo!..

Sor Agata. Por eso es que el no tuvo  
ánimos para arrojarse a nuestro  
lado!.. El es el miserable asesino que...

El Abad. No, hermano!... No fué el  
quien ejecutó ese crimen. El tuvo que  
obedecer las ordenes infames...

Sr Agata. Debia protestar... resistir...

El Abad. Exponiase tambien a la muerte... sin salvar al Rey... No, hermano. Los  
heros y los mártires son muy raras. Cada  
uno tiene la culpa de no haber nacido con  
el alma de un hero. Por eso ese des-  
graciado es tan responsable del crimen  
como la maquina...

Sr Agata. Como la maquina es tan  
gozosa y maldita...

El Abad. Hermano... No interponga ese  
un juramento que solo esta reservado  
a Nuestro Señor. (Dirigese hacia el altar)

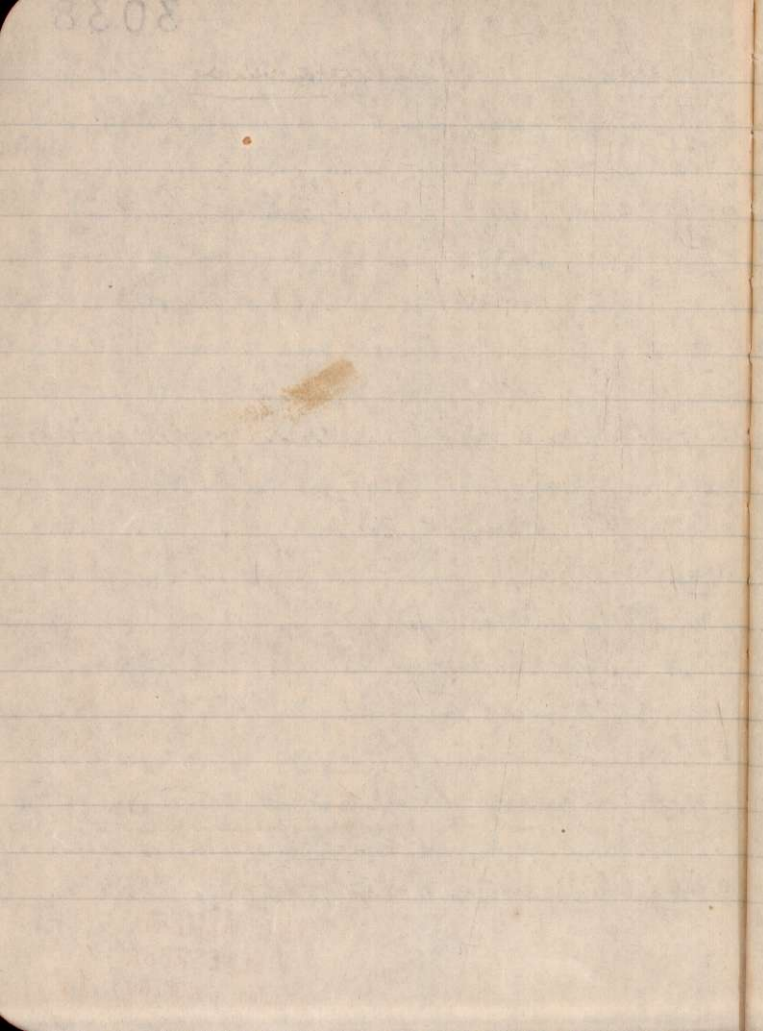
Sr Marta. Oremos por la augusta víctima.

El Abad. Y oremos tambien por el verdugo.

(Se curva delante del altar) Caé el telon.

Fin.

AYUT.º ALMERIA  
F. VILLAESPEA  
Donación: A. MORENO



Francisco Villaspesa

AYUT.º ALMERIA

F. VILLASPESA

Donación: A. MORENO

Nube.

3039

(comedia en un acto y en prosa  
de Coelho Netto)

arreglo castellano

de

Francisco Villaspesa

Santa Maria 6 de Febrero 1929.

Personajes.

Angela.

Clelia.

Ruth.

Lavinia.

Bernardo.

Eduardo.

Epoca actual.

## Acto Único

ALFONSO ALMERIA  
F. VILLARREAL  
DIRECCIÓN: MORENO  
3040

Comedor modesto. Mesa al centro iluminada por una lampara belga con pantalla. Sillas cubiertas de cretona. Un canope. Macetones con plantas. Puertas laterales y al fondo con cortinas tambien de cretona.

### Escena I

Clelia, Ruth y Lavinia,

(Al subir el telón, Clelia, a la cabecera de la mesa, costura y cuenta, en tono de rezo, la historia de la Bella Durmiente. La escuchan atentamente: Ruth, sentada, a la mesa, con una muñeca entre la bravis y Lavinia, sentada en el suelo.)

Clelia (dando puntadas) Cuando el Príncipe llegó al bosque que le había dicho el genio, no se quedó alrededor, buscando la fuente, en la cual debía bañar sus ojos para no adormecer, y la vio, entre las flores, muy clara, cantando. Inclínase,

1405  
batió demoradamente el rostro y se puso  
en camino, por entre grandes árboles quietos.  
No se estremecía una hoja, ni un pájaro volaba.  
El silencio era tan grande que el leve pisar del  
Príncipe resonaba como un estruendo. Todo  
dormía un sueño de encantamiento: los  
árboles, las piedras, las aguas de los arroyos. El  
Príncipe caminaba. A veces, a la vuelta de una  
senda, aparecía un carabaxi immonde en actitud  
de disparar la flecha. Pasaba junto a él:  
estaba dormido.

Bruth. ¿Y no se despertaba?

Ellelia. No, porque el sueño era de encantamiento. El palacio de oro en que dormía la princesa  
quedaba muy lejos, al fondo del bosque, y, para llegar  
allá, tenía el príncipe que subir las siete columnas  
de cardos, pasar siete rios helados, atravesar siete  
cavernas negras llenas de serpientes, también ator-  
mecidas, mas que despertarian irritadas todas, si  
el pisase alguna.

Lavinia. ¡Que horror! Me hielo el espanto!

Clelia, a veces, distraído mente, el príncipe, tenía una flor, y al momento sacaba la mano, porque no fuera aborrecerla con su perfume. Y caminaba. De repente... (Suena una campanilla. Monstruosa en fondo) Están llorando.

Lavinia, Son los muchachos, sin duda. Están siempre jugando allá abajo, ¿verdad de verdad?

Ruth, Príncipe, mamá. (Suena de nuevo la campanilla) Ah!

Clelia (a Lavinia) Ve a ver quienes son.

Lavinia (con disgusto); ¿Que aborrecimiento, (Suena) La señora espera un momentito? ¿Verdad?

Clelia, Espera... Mas ve. (Campanilla), Oh Señor, ¡me pisan! (Lavinia sale por el fondo)

## Escena II

Clelia y Ruth.

Ruth (después de un silencio) ¿El príncipe, mamá?

Clelia, Vámonos a esperar a Lavinia.

Ruth (después de pensar) ¿Te crees capaz de atravesar un bosque encantado?

Clélia. Con el talismán del feo y ¿por qué no?

Pruthi. Pues yo... ni con todos los talismanes de los Hados. (Después de un silencio) y hay brujas así, mamá?

Clélia. No, hija mía.

Pruthi. Mas encantos hay; no los hay?

Clélia. En los ojos bonitos como los tuyos.

Escena III

Dichas, Ángela y Larinia.

(Ángela entra arrebatadamente por el fondo, y, viendo a Clélia que se ha levantado de un golpe, sorprendida, se arroja en sus brazos, llorando)

Ángela. ¡mamá!

Clélia. Ángela! ¿Qué es esto, hija mía?

Ángela. Mi marido...

Clélia. ¿Qué tiene, Virgen Santa? ¿algún accidente de automóvil?

Ángela (con voz sorda). Es un infame!

Clélia (a Pruthi) Vete, hijito. (a Larinia) Levántate! ¿o no oyes? Estás ahí, como una pame.

ma, mirando. ¿Que quieres?

Lavinia, llorando, sentada. (Sale por la izquierda, con  
Buth.)

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

Escena IV

Angela y Clélia

Clélia (aturdida) ¿Que fue? ¿Que ha pasado?

Sientate. (Se sienta en el canapé)

Angela. Salí... Lo he dejado... Todo ha muerto  
entre nosotros. Vuelvo a mi vieja casita, tan  
pequeña como cuando, o pediste un lecho y  
mi pedazo de pan. A qui tendré refugio de  
amor... ¿que no traiciona!

Clélia. Mas, ¿que hubo? Vivías tan bien  
Aun en la última carta que me escribiste  
me hablabas de tu felicidad.

Angela. Felicidad exterior, mamá; ventu-  
ra aparente, que es, a veces, disfraz del  
sufrimiento. Vestidos, joyas, fiestas... ¿que  
es eso? No soy vanidosa. Quisiera mas afecto  
y menos fausto. Intimamente el afecto solo  
el corazón lo puede dar, lo demás... se compra.

Blelia. <sup>DE</sup> Hijá mía, el mundo es malo.  
No des vidos a la intriga, Mera que yo  
también, en los ponneros atrás de casaca,  
sufro honores; eran tantas anónimos, in-  
simaciones... ¡Un infierno!

Angela. Mas mamá nunca vi, nunca  
sorprendió a papa en trópatas.

Blelia. Eso nunca, bendito sea Dios!  
y tú?

Angela. Yo lo vi

Blelia. Lo viste? Cuándo?

Angela. Hoy.

Blelia. Mas, donde, hijá mía?

Angela. En mi casa.

Blelia. En tu casa?

Angela. Si, madre mía. En el five o'clock.

Blelia. Yo lo digo yo! Son esas cosas extran-  
geras que están acabando con la moral  
y la religión! Mas habla...

Angela. Entre las amigas que frecuentan  
mis five o'clocks, hoy una tal Enmelinda

una criatura muy desenvuelta, muy  
chic, muy parisienne; peligrosísima.  
Se enamoró de Eduardo, y se puso a per-  
seguirlo sin rebato, alabándole siempre  
sus gustos, indicándole informaciones  
sobre modas, consultándole sobre las  
novelas de sus autores favoritos; y, orgu-  
dole siempre romántica, con los ojos  
entornados lánguidamente, y res-  
pirando fuerte, con suspirando, para  
hacer sobresalir los blancos, de su  
cuello. ¡Una vergüenza, mamá, una  
vergüenza! Al fin, aunque tengo poca  
práctica del mundo, no soy tonta, ni  
quiere que me tomen por tal. Decidí  
no visitarla más a mi casa.

Blelia. ¿Y dónde había ella los tales  
enrollos a tu marido?

Angel. ¿Dónde? En el Palace, en el  
teatro... en todas partes.

Blelia. Ah!

205  
Angela, No la invite mas. ella  
la muy desahogada, que es el col-  
mo de la osadía, con el pretexto de  
solicitar mi cooperación en una  
fiesta de caridad, se me presentó  
de nuevo en mis five o'clocks; y  
desde entonces, - hea ya mucho tiempo  
- nunca he faltado a mi ella,  
ni mi marido.

Clelia, Tu marido? Pero el no asis-  
tia a tus recepciones?

Angela, Antes de la ida de Emelinda  
nunca las honrara con su presencia.  
Mas cuando supo que tal Señora  
era anduvo tornose infatigable; el era  
el primero en llegar. Hoy, mientras  
yo servia el té, oyendo a Wreni can-  
tar la ultima canción en boga  
tu comes bien mi casa - Emelinda  
se encontraba en mi boudoir, que  
como sabes queda a la derecha del salón.

arreglándose el vestido o haciendo  
yo no se qué, cuando Solís se levanta  
tose rastroso y de pautillas.

Clelia. Se fue tras ella?

Angela. Sí. Tuve un ímpetu de hacerme  
escondido allí mismo, mas me  
contuve. Continué sirviendo al té.  
Mis manos temblaban; un ruido me  
apretaba la garganta; me faltaba  
el aire. De repente, perdiendo la  
cabeza, entre en el boudoir. Sabes co-  
mo lo encontré?

Clelia (avergonzada), Oh, ¿tú mismo  
allí? Sí, mis!

Angela. ¿Sabes?

Clelia. Ya lo supongo.

Angela. Así. (Se arrodilla, toma  
ambas manos de Clelia y la mira  
en los ojos con ardor) Sentí el corazón  
subirme a la boca; estube a punto  
de arrojarme sobre ellos, gritar; mas

no pude decir palabra: caí como ful-  
mirada. ¡Ay, mamá, es dulce! Lleva  
traición así!... (Llora)

Clelia (conmovida) ¡Sí! Sí, hija mía!...  
Mas no llorés! ¿Quién sabe? El podría  
estar contándole alguna cosa.

Angela. ¿De dónde? Con los marcos  
de ella entre las sillas?.. Allí en el  
boudoir?

Clelia. ¡Eh, yo no entiendo de eso. En  
mi tiempo un hombre no se arrodillaba  
a los pies de una mujer ni entraba con  
ella en el boudoir, porque no había na-  
da de esto. ¡Voy... en fin, sea como fueren,  
creo que debes pensar... Mami, aquí va  
me tu padre.

Escena V.

Dichos y Bernardo

Bernardo (entrando por la izquierda) ¿?

Angela?

Angela. ¿O mi mamá, papá? (Se adelanta y lo besa)

Bernardo. Me lo dijo la pefumera... ¿cómo se  
llama? ¿Qué te pasa?

Clelia. Abandonó al marido.

Bernardo (financiado el año) ¿Qué?

Angela. Si lo abandonó, papá, y luego  
a pedistes hospitalidad.

Bernardo. Hijo, en esta casa naciste: es tu  
ya mas... Explicame esto: de parte a tu mari-  
do... por qué?

Clelia. Lo encontró en el boulevard, a los pies  
de una mujer...

Bernardo. A los pies de una mujer? ¿Una  
mujer?

Angela. Papá, no la conoce.

Bernardo. Si, hijo mío, no la conoce: soy  
hombre de bajo mundo... y me lo cambie  
por el otro. ellos van mas al caso. ¿después?

Angela. Después qué?

Bernardo. ¿Estaba a los pies de la tal señora?

Angela. Estaba.

Bernardo. De o diellos?

2408  
Angela. Si, señor!

Bernardo. Y ella de pie?

Angela. Si.

Bernardo. Entonces?

Angela. Entonces fue?

Bernardo. No hay motivo para las lágrimas,  
y mucho menos para el abandono del hogar.

Un hombre de vitillas, y una mujer en pie.

No hay peligro ninguno! (En otro tono) No.

fuieste tibi, hija mía. Entrando en el

boudoir y viéndola una escena tan devota,

debias haber levantado a tu marido, ofre-

ciéndole respetuosamente el brazo y conduciéndole

así al salón. Imagínate la cara de la otra.

Dadas a ambos una lección de modestia.

Apuesta algo a que tuviste un ataque?

Angela. Terrible!

Bernardo. Así es. Y tanto escándalo?

Angela. No sé. Cuando volví en mi estancia

en un diván, rodeada de amigas.

Bernardo. Y ella?

Angela. También!

Bernardo. Mujeres fuertes y quiere que te diga  
te salvo' del ridiculo,

Angela. A mi?

Bernardo. Naturalmente. Con mi presencia  
de espíritu - llamado como pensaras - en  
to' los sospechosos que hanian de ti una vic-  
tima de buena fe. El exceso de buena  
fe, es, hujamás, debilidad de percepción te  
garantizo que ellos arreglarán, de pronto, una  
explicación por el caso, de modo que resul-  
tase fallada para todos. Te debes este  
obsequio. Ahora, descansa un momento, y  
vuelves por tu caso. Iros con mi paz, e' con  
tu marido, que no debe tardar en llegar.  
No se destruye una alianza de amor por la  
livandad de un momento. El espíritu  
piante, a veces, el equilibrio, y cae en caso  
fallado de la reducción. Tu marido tropieza, cae  
de rodillas? Aféale la mano y levántalo.  
Celebra. Tu padre tiene razón, hujamás (hujamás)

Bernardo. ¿Llevará tal vez sea tu querido.  
Angela. No le puedo ver. Lo detesto!

Clelia. ¿No lo puedes ver?

Angela. No, mamá! Es un monstruo!

Bernardo. Pues, si. Tu huiste la acusación, es  
justo que yo también vigile la defensa.  
Ve con tu madre alla dentro. Sepame en  
el. (Campanilla)

Escena VI.

Lo, miernos y Lavinia.

Lavinia sale por la izquierda, en camino de  
se, después, hacia la puerta del fondo)

Angela. ¡Demel!

Bernardo. Es, en certuras. Marcha es. (Angela  
y Clelia saltan por la derecha a Lavinia)

Si es Don Eduardo, no le diga, que Ang  
ha esta aquí. ¿Entiendes?

Lavinia. Ni aun me lo pregunta? (Cam  
panilla)

Bernardo. Ni aun me lo pregunta. Ya  
lo sabes. Vete (Lavinia sale corriendo por el fondo)

Escena VII

3047

Bernardo, (solo, pensando por la sala)  
Bernardo, Valgame Dios, que es cosa! (Toma un diario, y se sienta a la cabecera de la mesa) Su madre era así. (Menea la cabeza, sonriendo. Al oír pasos, finge que lee. Eduardo aparece al fondo, seguido de Laura, que atraviesa la escena, viniendo por la izquierda.)

Escena VIII

Bernardo y Eduardo  
Eduardo (al fondo) ¿En su permiso?  
Bernardo. Ah! (Levantándose) Por aquí a estas horas! Esto es una gran novedad!  
Eduardo (medio entado) ¡Novedad! ¿Como novedad? ¿Angela no está aquí?  
Bernardo Angela? No.  
Eduardo (estupefacto) ¿No está aquí?  
Bernardo. No está, no. Mas, ¿has ocurrido algo?  
Eduardo. Es que ella salió de casa.

Bernardo. ¿dijo que venia por ahi?  
Eduardo. No lo dijo; mas en de vaporar.  
Bernardo. Por aqui me aparecio. Mas es tem-  
poral; los oculos y media. Puede ser que  
aun venga. Siquiere.  
Eduardo. Es que Angela abandonó la casa.  
Bernardo. Abandonó la casa!  
Eduardo (desfallecido) Si; reñor.  
Bernardo. Hum! Hum!. Conoces a mi hija.  
Vd. le hizo alguna.  
Eduardo. Yo? Desde... se lo garantizo. Que  
una tentena; una rabietta de celos.  
Bernardo. Celos? Oye, amigos mis los  
celos son una linterna sorda que los mu-  
jeres, porgeitan sobre nuestras faltas.  
Eduardo. Ello no hubo motivo; se lo juro.  
Imagine que hoy - en el dia de mi recep-  
cion - estabamos reunidos en la sala, arru-  
trando presadamente la conversacion, cuan-  
do se me ocurrio la idea de un juego inocen-  
te e interesante, y pedile ayuda de una

de los señoras presentes. Era una reunión  
de Cumberlandismo, ¿sabe?... 3048

Bernardo. Cumberlandismo?

Eduardo. Es un poderoso adirinatorio.

Bernardo. Cuyos. En mis tiempos tenía  
aún nombre. Nos vamos adelante.

Eduardo. La señora entra en el boudoir,  
y la sigui. No iban a combenir las  
buenas en la sala, a presencia de todos.

Bernardo. Ya lo supongo, por qué venía  
una desvergüenza.

Eduardo. Desvergüenza?

Bernardo. Quiero decir... Nos vamos adelante.

Eduardo. Estábamos conviniendo los  
detalles, cuando Ansel, entre de pronto,  
y viniendo de rodillas, en un yendo, con  
la señora, una señora distinguida  
se desplomó en un atape, ¿que atape?

Bernardo. Lo mismo. Tuve ocasión de expres  
mentarlo en mis primeros años de casado.  
Bon de familia!

Eduardo. La pobre señora por evitar  
el escándalo, inventó una disculpa,  
y todo quedó entre nosotros, aunque  
la malediciencia sospechase, en realidad,  
por las razones. La señora es casada, y  
ya comprenderá que en mi casa, a los  
puercos del salón lleno de gente, me  
siempre estaré loco perdido!

Bernardo. Eso es verdad!

Eduardo. Después de la retirada de los visi-  
tas, en vista de la sobreexcitación de Angélica, com-  
puse ciertas cosas...

Bernardo. Allí en el arbolito...

Eduardo. ... para prevenir cualquier acci-  
dente, fui a buscar a Madame Michaud,  
que vive a dos pasos de nosotros. Felici-  
mente no la encontré. Digo felizmente,  
porque al regresar a casa, de Angélica  
solo encontré este billete en una de  
mi mesa. (Lee el billete de la carta  
y lee) "No procure saber de él. Muerte por

Vd."

Bernardo y como ella dijo que había muerto por Vd., el señor vino al cementerio a buscarla?

Eduardo. Al cementerio, no, al Páramo.

Bernardo. Pues, en pasando, vió a mucha gente que fue en el Páramo no está. Su mujer murió en peores mortal, al morir la ira, y debe estar en el infierno. Váyase allá, no es lejía. Tiene siete caminos que conducen hasta él, y del tercio de ellos es Vd. transcurrido diario.

Eduardo. Cual de ellos?

Bernardo. (Con disimulada reverencia)

La Lujuria, mi querido señor. (Llorando mientras de extrañeza en Eduardo. Bernardo le quita con los ojos hacia la izquierda) él le hablo como hombre, le hablo como suegro. El hombre perdona al hombre, su semejante; al suegro no disculpa al yerno, porque el yerno no es semejante al suegro. Si el señor

2408  
se hubiesen arrodillado a los pies de una  
señora para enojarse en juego cualquiera  
fuera de su casa, podría alegar, como  
atenuante, la distancia, pero en el pro-  
pio hogar, en el mas intimo de los aposentos,  
eso... Oh!

Eduardo (con dignidad) Perdon, pero al sentir  
esta convención de que yo soy un ser in-  
digno?

Bernardo (en voz muy baja) Estoy conven-  
cido de que Angela está ahí, detrás de la  
puerta, escuchándonos... Y yo voy acabar con  
esto. Voy a insultarlo. (Alto) Si, un  
indigno! Un indigno!

Eduardo (sorprendido, en voz baja) Angela  
allí?...

Bernardo (en voz baja) Si, con la madre.  
(Alto) Un perverso! (Bajo) Si fuere  
preciso fingiré que hego a Oria de hecho. No  
se importa! (Alto) Un hombre de bien no  
haría lo que el señor hizo! (Bajo) Voy a

hacer un cuenterismo por 3050  
dentro que el otro hizo. Oígan en expresión  
mis intabidos de furor. (Alto) La honra  
como tiene el deber de respetos en casa, que  
es un templo. ¿que hizo el señor? Se arro-  
dilló a los pies de otra mujer, tomole los  
manos, las cubrió de besos.

Eduardo. Es falso. no los besó.

Bernardo. Los besó, no lo niegues. Y, si  
los besó, fue porque no le dieron tiempo, pe-  
ro tenía intención de besarlos. La intención  
existía. El señor es un traste, como se decía  
en mis tiempos. Mintió como un villano,  
al juramento sagrado que le hizo a  
mi hija. Su proceder es indigno, solo  
propio de un miserable. (Bajo) Revuel-  
vase, hombre de Dios!

Eduardo. Señor, esas palabras.

Bernardo. Propio de un miserable, le  
repito! Y el señor tiene el desquite  
atrevido de venir a una casa humilde,

en busca de la mujer a fin de ultrajarla con  
sus egoísmos! Esto es un refugio honorable.  
No hay aquí boudoirs ni mujeres que se  
poresten a adivinaciones. Elle hizo la  
muerte para el señor. Pero por malum  
la Ley no permite el divorcio? la fuerza  
la vida, para salvar del apuro a aquella  
que vi nacer, que muchas veces abomacien  
estos brazos, que creció y se hizo mujer  
a mi sombra.

Eduardo. Quiere por mis derechos.

Bernardo. Que derechos? Hloy, por ventu-  
ra, derechos por hombres de tu ley?

Eduardo. Es mi mujer; he de regimene!

Bernardo. Seguirlo? Para donde?

Eduardo. Para la casa.

Bernardo. Casa? Quiere decir: el boudoir,  
porfandado, el charco.

Eduardo. Señor!...

Bernardo (con talisimo) Me amenara!

El señor me amenara? Salga!... Salga

inmediatamente, si no fuere que lo  
tise por un balcon!

AYUT.º ALMERI 3051

F. VILLAESPEÑA

Donación: A. MORENO

Escena IX

Dichos, Clelia y Angela

Clelia abre de repente la puerta de la derecha  
y Angela y Clelia se precipitan en la escena.  
Clelia sujeta a Bernardo. Angela se abra-  
za a Edwards.)

Clelia. ¿Que es esto Bernardo?

Angela. Edwards!...

Edwards (Bernardo)! Angela!

Bernardo. ¿Mas que es esto? Ahora la señora  
abrazo a ese miserable y se deja besar  
por él?

Angela. ¿No hables así, papa!

Clelia. Esto es un escándalo impropio  
de ti!

Bernardo. ¿Que dices, Clelia? Entonces, la  
señora encuentra decente y honesto que el  
marido de su hija se arrode a los pies de  
otra mujer y an'le haga dedicatorias de

amor? Encuentra eso bien?

Angela. Dios el no le hizo ninguna declaración.

Bernardo. No se la hizo con palabras, mas se la hizo con besos que son mas eloquentes.

Angela. Quién le habló de besos?

Bernardo. Quién? Tú! Tú dijiste que le estaba besando los manos.

Angela. Perdón, papa!... Yo sólo dije que él estaba con las manos de ella entre los suyos... No fue esto, mamá?

Clelia. No dijiste.

Bernardo. De las manos a los labios hay poco trecho.

Angela. Hay mucho!

Bernardo. ¡Malo! Malo! (Cruzando con violencia los brazos) Entonces que diables tenía él, para el favor de decirme?

Eduardo. Ya le dije que estaba ensayando.

un divertimento...

3052

Clelia. Un juego de salón.

Bernardo. Un juego de salón; en un boudoir con las puertas cerradas?

Angela. Como en las puertas cerradas? Si no hay puertas; apenas un tapiz y estufa ardiendo.

Eduardo. No había misterio. Todos podían ver el juego que yo combinaba.

Bernardo. Una entrevista en la (al) perdida.

Angela. Perdida?

Bernardo. Tú lo dijiste...

Angela. Yo no, papa. No dije tal, sería una calumnia!

Clelia (aparte, llevándose en brazos a la cadera) ¡Qué agua sucia, Virgen Santísima!

Bernardo. No dijiste?

Angela. Yo no... No podía decir tal cosa cuando se que es una señora casada.

Ademas, papa, yo no necesito  
perdido, en mi casa.

Eduardo. Es una dama espiritual,  
viva, alegre, amiga de bromas.  
Bernardo. Tengo ideas...

Eduardo. Mas nada se puede alegar  
contra su virtud. No es verdad, An-  
gela? Como esposa es ejemplar.

Angela. Mi amiga de su mundo.  
Un poco ligera, pero de su virtud no  
hay nada que decir.

Bernardo. (Después de un instante.) En  
suma, hubo o no hubo el tal escanda-  
lo?

Eduardo. Hubo solo un impetu de  
celos injustos. (A Angela) Confesión.

Angela. Si, mas pasó... no hablemos  
mas de eso.

Bernardo. De suerte que (A Eduar-  
do) El señor no incurrió en falta  
que merezca censura, (A Angela)

ni la tal señora es una casquivana  
como tu la describiste?

3053

Angelita. Perdi' la calavera... del paso  
una nube por los ojos... No se.

Bernardo. Ah! una nube... Pues, hija  
mía, cuidado con esas nubes que son  
peligrosas. Suben así, papueñitas, y  
se deshacen; mas viene un día en que  
surgen negras, se hinchan, crecen, ab  
ureciendo cielos y tierras. Entonces,  
es la borrasca... y lo arrasa y se lo  
lleva todo, todo, hija mía! (En otro  
tono) Y ahora, decidamos, no hay  
tiempo que perder, que hay correo viene  
na y mi correspondencia está toda  
por despachar: te puedes en tu antiguo  
cuarto de soltera, que aun está allá  
como lo dejaste, ó vuelves para tu  
boudoir?

Angelita (sonriendo, apenada) Yo... (Voluen  
dose hacia Eduardo y desconfiada al

verlo contener la risa) De que te  
rías? (Eduardo desata la carcajada.  
Bernardo ríe también escandalosamente)  
También tú te rías, papá?

Bernardo. Reímos, sí, reímos. Pues,  
habíamos de tomar en serio tus mi-  
serias, hija mía? (La abraza) Enton-  
ces, porque tu marido combina una  
jirafa, delante de ti, haces una escena  
de escándalo y abandonas la casa?  
¿Que tontería! ¿Que harías tú si te  
sorprendieras en flagrante delito  
en algo mucho más serio, di?...

Angela (con la voz llorosa) Lo mata-  
ba y me suicidaba después!

Helia. ¿Que el diablo sea sordo y  
no oiga este disparate!

Bernardo. ¡Una tragedia y de las buenas!  
(Viéndola llorar) No; todo menos eso;  
nada de lloripuerias ni de ataques.  
Aprovechemos estos minutos que esta

mas fuertes.

Angela, ellas, entonces, en era una co-  
lección...

Bernardo, ¡Valentinina! Sude de  
veras! Estoy deshecho por el esfuerzo  
de contener la risa!

Eduardo. Y yo también!

Ellelia. ¡Y yo...

Bernardo. Tan verdadero como la  
de tu boudoir!

Ellelia, ellas, tú, Bernardo, acaso creíste.

Bernardo. Te conoces tan bien (a Ange-  
la). Hija mía, tu me creíste capaz de  
trápanme a tu marido, cuando ape-  
nas si puedo con una taza de caldo!

Eduardo. Me viste a los pies de tu an-  
gu, pues aquí me tienes a los tuyos.

Caradillo (reante Angela) Yo ensayaba  
una diversion para ser agradable a tus  
visitas y ahora...

Angela. Representas la comedia?...

308  
Bernardo Nada de reanimaciones,  
Pases, pases! Entramos en la alegría.  
Eduardo. o sea, ahora, te beso los manos,  
giRANDO. me nunca me pasó por la men-  
te otra idea sino la de tomar intere-  
sante tu five o'clock. Aquí tienes tu  
billeté, ingrata. Pasalo. En el está  
anunciada tu muerte, y tu son-  
risa me dice que resucitaré pa-  
ra mi amor.

Bernardo. (aparte) Um! Ahon-  
creo en el cumberlandismo. Las  
sugestiones en palabras, hasta hip-  
notizarlas!

Angela. Y lo juras?  
Eduardo. ¡Por tus ojos!

Angela. Pues sí, te creo. ellas y no  
quien mas five o'clock en la casa.

Bernardo. Eso es. hija. Te a la  
antigua, después de comer. No  
condundas, mi vieja? (a' Clelia)

Clélia. Yo no sé como se puede  
cenar antes de comer. 3055

Eduardo. Como cenar?

Clélia. Pues, el té de las cinco, que  
es sino una cena? Y después,  
no comen? Es preciso tener un  
estómago!

Escena última

Dichos, Lavinia y Ruth.

Lavinia (apareciendo por la izquierda)  
(ella) Puedo servir ya el té?

Bernardo. Si, ya puedes hacerlo.

Ruth sale por la izquierda y corre  
a abrazar a Clélia. Lavinia desaparece.

Clélia. Aun despierta. No tienes sueño?

Ruth. Es temprano!

Angela (besando a Ruth) te estás poniendo  
más bonita!

Eduardo. Buena! ¿Yo? no tengo un beso?

(Ruth lo besa)

Bernardo. Bien, vamos al té, te a la

antigua, como en el buen tiempo  
patriarcal. (A Angela) Ves que es-  
tos en forma para retirarte - des-  
pués de una de esas nubes la que  
te sale con mas intensa alegría  
a faltar del sol -, mas una tana-  
da te se toma en un minuto y  
la compañía de los hijos es siem-  
pre un placer para los padres.  
Vamos. (A Clelia) Es caso para  
bendecir a la tal señora y al  
cumberlandismo, sin lo cuales  
no hubiéramos tenido tan pronto  
la visita de estos emigrantes. Aun-  
guese. Vds. ya conocen al  
camarero. (Hacina entrar con el  
servicio de té y lo deja sobre  
la mesa. Clelia se pone a ver  
víslo.)

Clelia (Hacia Bernabé) Enton-  
ces, Bernabé, todo ese escorreo?

Bernardo. Combina con una. 3056. Pro-  
ceso sumario para dar fin a ese  
disputo. Si yo te lastimo la man-  
dereba a cudes luego, intuitamen-  
te, con la impresión; no es así? Que  
eso lo me yo dice: injuria al ma-  
rido para incitar a la mujer  
a salir en su defensa. Y ya ves-  
te lo me resulto: diplomacia no  
que falta.

Clelia. Astucia es eso.

Bernardo. Pero ya tu sabes que  
la astucia es la diplomacia  
en mangas de camisa. Mas vamos  
a tomar el té que se nos enfria.  
Todos ocupan sus lugares en la  
mesa.

Retorn lento.

Santa Maria 7 de Febrero 1929.

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

3026

Francisco Villalpessa

AYUDA ALMERIA  
3057  
F. VILLALPESA  
Donación: A. MORENO

Claro

de

Luna

(Comedia en 1 acto y en prosa,  
original de Goethe Netto.)

Arreglo castellano de  
Francisco Villalpessa

Santa Maria 8 Febrero.

1929.

## Personajes

Alda.

Clara. 208

Una vez.

Epoca Actual.

## Acto Único.

Sala ricamente amueblada. Ventanas cerradas al fondo. Puertas a derecha e izquierda. Fundas blancas cubren la sillería. Figuras de bronce y mar- mol se agrandan sobre columnas. En jarros puen- sos esbeltas lataneas abren sus verdes abanicos. al centro un bis a bis. La escena completamente obscura.

### Escena I

#### Alda (sola)

(Se negro, los cabellos sueltos, aire místico de sonambula, Alda penetra por la derecha, con pasos morosos y mirarnos pen- sos. Deténese, y con las manos juntas, los dedos endarja- dos, queda un momento estática, como rezando. Poco a poco, una sonrisa melán- colica, ilumina la faz macerada y pálida. De súbito, estremeciéndose, como si sintiese alguien en las tinieblas contemplándola, vuel- se, esparce sus miradas pávidas en torno, palpitando, mas clavando los ojos en la puerta de la izquierda, quedase inmovil, como petrificada. Con la voz sorda: ¡Es él! Lo juro; si es preciso, sobre los Santos Evangelios. Es él, que me visita todas las noches, en el silencio pa-

5808  
voroso de las altas horas. Puesto que no lo ves, lo siento,  
cuando el penetra en mi cuarto lo colme todo con el asom-  
bro de la muerte: las mismas cosas tiemblan. Las corti-  
nas ondulan, hinchadas, como al soplo de un viento mis-  
terioso; la lampara crepita, y, a veces, se apaga; los mu-  
bles estallan. La puerta se abre y se cierra, sin rui-  
do, como la sensitiva en los campos. (Circula la sala  
con un mirar medroso) Mi alma queda helada; me  
pongo a rezar y a temblar, y siento que todo tam-  
bien tiembla, en torno mío, con miedo. Ya una vez,  
en la alta noche, lo vi como lo llevaron a enterrar:  
de negro, las manos cruzadas, los ojos semiabiertos,  
empañados, como dos lagos adormecidos en un frío  
bosque asombrado, y apuntando en su rostro de cera  
la barba como las hortigas que nacen en las ruinas.  
Era él! Vino hasta mí con un andar sutil y serbo.  
Cerré los ojos y continúe viéndolo... Me puse a re-  
zar, llorando, y él, delante de mis ojos cerrados, ha-  
naba también, de pie, rígido y frío, tan frío que  
el cuarto parecía tener las paredes de hielo y helar-  
nos. Toda la casa está llena de él, y yo lo siento  
dentro de mí, asombrándome el alma. Después  
de una pausa) Tres meses apenas! ¡Cuan la tierra

no lo devoró, y ya el olvido consumió su memo-  
 ria! Oh, que larva voraz es la ingratitude!  
 Las flores que allí quedaron sobre el tumulto ga-  
 dan aun sus pétalos, a pesar de las lluvias y de  
 los soles, y el coraron... ya lo despidió para  
 siempre!... Nada de él resta en la vida, ni  
 el recuerdo! Allí madre... allí está! ( saca  
 un papel del bolsillo, lo abre y lo contempla )  
 A través del velo de luto leen los ojos palabras  
 tristes! ( Sonríe tristemente. Doble el papel y lo guar-  
 da ) Por eso ella me desterró de su lado, trans-  
 finciendome para la vieja camarera. Allí,  
 con el murmullo de los arboles, separada por  
 un largo corredor, no podía oír las pala-  
 bras que dicen. ( Después de un largo silen-  
 cio ). Oíglas, oíglas todas, una por una; quise  
 las trise a mis oídos es el pobre espíritu al-  
 traído, traicionado tan vilmente. Hoy, con  
 la luna clara, yo lo vi pasar entre los ar-  
 boles, cauto y medroso, como un ladrón.  
 El perro dormía, mas lo sintió; todavia  
 yo desperté avisada, con las ventanillas abiertas,

y por entre las rejas que me defienden  
lo acompañé con la mirada. Turqué, al  
principio, que era víctima de mis propias  
cuidados, y dije para mí: Son tus apre-  
hensiones que vagan eleutos de la no-  
che; es tu mismo miedo que por  
allí camina reflejado sobre la  
teta de la luna. - Mas no eran mis  
aprehensiones ni mi miedo; era la reali-  
dad cruel. Era tampoco el me-  
re espíritu del que acabo sin ver  
aquel, que venia, cariñosamente, a  
vondar la casa perdida... Alborotado,  
temblando, con un gran frío de miedo,  
me agarré a las rejas con todas  
mis fuerzas, y vi! Es un intruso!  
Allí en la misma camara en que  
el otro vivió y murió, delante del  
Cristo sereno que presidia, con sus  
brazos abiertos, la funebre velada,  
a la cabecera del muerto, alumbrado  
por la misma lámpara que, en otro

tiempo, era la lumbre virtuosa del  
 hogar doméstico, en el mismo lecho,  
 y en los brazos de mi madre! (Pequeña  
 pausa) Y como llegué al conocimiento  
 esto de todo? No sé!... Fue él que  
 dejó el sepulcro vacío, para venir a  
 llenar mi alma de amargura y  
 de horror. Fue él que me encendió  
 la mirada para que yo viese en  
 las tinieblas como las aves noctur-  
 nas; fue él quien me arrastró hasta  
 la ventana para que viese al in-  
 truso. (Oyese el aullido de un perro)  
 Oh! (corre a la ventana, abre las ho-  
 jas de madera. El luar penetra y  
 se arrastra lividamente por el pavi-  
 mento. Ella se eleva en el hueco de la  
 ventana y se queda contemplando la  
 noche) Todo es silencio. allá fuera reina  
 un silencio febril (Aulla un perro) ¿Por qué  
 llora así ese animal? ¿que tendrá? Tal-  
 vez lo haya visto pasar... ¡Gran, tan amigos!

0305  
y mi madre? (Va hacia la puerta de  
la izquierda y queda escuchando)  
Allí está!.. (Con ironía), Oh, el amor!  
El divino amor!.. (Encaminase hacia el  
piano, lo abre y percutía bajísimo) Suen-  
to en torno mío como una atmósfera.  
(Levantase desvanecida y se apita, como  
para sacudir alguna cosa que le pesa  
sobre los hombros. Se oye el cascoteo de  
los dientes; retuerce las manos), 'Que  
frío! (Abre las vidrieras) Y la noche es-  
ta cálida... La brisa está caliente como  
un halito. (Corre los ojos asombrados  
por la estancia y sonríe tristemente)  
'Pobre espíritu! Voy a rezar una ora-  
ción para que repose! 'Baigan  
mis palabras sobre las angustias  
de un pobre alma, como el rocío so-  
bre las flores que un sol fuerte  
muere! (Deslizando los manos) En el  
tiempo en que vivía, si se agravaba  
su sufrimiento, me llamaba y

que pedía por le ablandar sus dolores  
(Empieza a ejecutar blancos, de la  
mente la sonata Clara de Liszt) Casi  
siempre con esta música mejoraba. Pa-  
ra ver cómo le haga bien. (Va tocando  
magníficamente, como en un sueño,  
Poco a poco se va exaltando, haciendo  
vibrar las cuerdas del piano, de cuando  
en cuando se vuelve para ver si hay  
alguien en la sala) Lo siento! Lo  
siento, no tan frío como en los pri-  
meros instantes... (Agita la cabeza  
anciosamente, respirando afuera.  
El peso aulla. Ponere a llorar, y, len-  
tamente, dejando el piano, va a clen-  
varse, en el hueco de la ventana, mu-  
rando hacia fuera perdido de pronto)

Escena I y II

Alda y Clara

Clara aparece en la puerta de la izquier-  
da, de repente, con una palmatría,

y el bano levantado para alargar  
la claudia. Mira atentamente.  
Entra temerosa, de puntillas. En voz  
tremula y baja empieza a llamar,  
Blara, ¡Alda!... Alda! (Después de una  
pausa; con miedo); Alda!... No está!  
Es singular! Me ha parecido oír  
acordes. (Con firmeza) Seguramente  
los oí. ¡Alda!... (Avanza cautelosamen-  
te, dando en la claudia lunar) Que  
claudia es esta? Habían aludado  
la ventana abierta... ¡Alda! (Otro  
tema) El piano está cerrado.  
(Alumbrosándose con la palmetaria)  
¡No, está abierto! No, no me engañé.  
Estuvieron tocando. (Tropieza  
en una silla)  
Alda (en un grito, volviéndose repentinamente, vejida, como cosida a la  
ventana) Ah!  
Blara (dejando caer la palmetaria, asombrada)

broda) Ah! (temblan 306) ¿Quién está  
ahí?

(Alda se adelanta. Se enfrentan las dos  
y quedan inmóviles en el rayo de luna)

Alda. Madre mía...

Clara. ¿Eres tú? ¿Qué haces ahí, al  
velante?

Alda. Contemplo la noche magnífica  
con y oigo el sueño de las aves. El  
del lecho profanado. Antiguamente  
era el sueño carinoso lo que allí me  
esperaba. Ahora es el insomnio, el tortu-  
rante insomnio con las alucinaciones  
más terribles. Mis ojos están rojos y  
mechucados; son como dos viudas  
vestidas de luto. Espero aquí la ma-  
ñana.

Clara. ¿Eras tu quien tocaba?

Alda. Era yo. Soy una enfermera de  
muertos; estaba aliviando a los finados.

Clara. ¿Qué tienes? Porque hablas así?

(Le toma el pulso) Estas helada. Entro  
fresca helada! (Cierra la ventana)

Alda (abriéndola de par en par) Sea  
la abierta. El frío no viene de la  
noche, aquí es donde hace frío, aquí  
en esta casa, ¿dónde más, no sientes?

(Indicando la puerta de la izquierda)  
Allí debe hacer aun más frío, ¿por  
qué donde el muerto?

Clara, ¿quién?

Alda. (Mi padre) (con ingenuidad) Pero  
tu no sabes, amor mío, que el va-  
muerto? Porque le crees vivo aun, es  
por eso que tu mandas encadenar  
al perro y dejar la puerta apenas  
entornada, para que él, al rezagarse,  
no quede expuesto al frío, esperando  
que le vayan a abrir.

Clara ¿Porque dices eso?

Alda. Porque es verdad. (En otro to-  
mo) En mi camara no se puede

dormir: tan helada es. Siente mis manos  
 Están como dos pedazos de nieve...  
 Es del frío que allí hace... un frío  
 que duele... un frío que hace llorar...  
Clara. Mas, ¿que temas, hija mía?  
Alda. Yo? Nada! (Sonriendo tristemen-  
 te) Ya ahora no hace tanto frío, por-  
 que el papá... ¿Que horas serán? (El  
 perro aulla) Alla va él! ¿Ayer? ¿Qui-  
 te, te, mamá, quien lo espanta...  
 El estaba aquí, a mi lado! Yo lo sen-  
 tía; sentí de las manos heladas, (to-  
 mando las manos de Clara) Sien-  
 te mis mejillas? No hoy lípidas ma-  
 frías!... Es que sus manos me  
 las estuvieron acariciando mientras  
 yo dormía! El estuvo agendome  
 desde allí (señalando el bisi bis)

Clara. Pero, ¿quién?

Alda. Mi padre.

Clara. Tú estás loca, hija mía!

303  
Alda. Loca?... ¿Que hice yo, para  
que así me juzgues?... ¿Yo es el mi  
padre?... ¿Yo puede una hija quen-  
dar con el espíritu de tu padre,  
que la busca? En este deshonro?  
Y si yo, por lo contrario, hubiere re-  
cibido a mi enamorado?... Loca, por-  
que no olvidé a mi padre... Aún  
es pronto, mamá! Heu, apenas  
tres meses que muero...

Clara. Vete a tu cuarto.

Alda. No! Está muy frío... Me  
que frías están mis manos... Pa-  
recen que los bote en agua helada!  
Y todo yo estoy así... El mismo cora-  
zón está así... Los riñones temblan.  
(Se lleva la mano de Clara al  
peito) ¿Sientes?

Clara. Tu estás enferma, hija mi.  
Alda (con éntención, mirándole fija-  
mente) Quieres, mamá, llamar al

medico? No; el puede enterrarlos.  
Es un hombre que prepan cadaveres.  
Cuanto lo ves me acuerdo de los  
muertos. (Otro tono) Recuerdas los  
ultimos dias de mi padre, cuando ya  
sin aire, pedia que le trajeramos  
hasta aqui, a veces tarde, por estas  
horas. ¿Que hora es?

Clara. Van a dar las dos.

Alda. En la víspera de su muerte,  
estuvimos aqui, en él, hasta las  
tres y media. ¿Recuerdas? Era no-  
che de luna, como la de hoy, y el  
pidiome que tocara su sonata, por  
dilecta. Estaba llorando, sufría  
mucho, tanto que el moribundo  
mandó llamar al medico y... (De  
repente) ¿Habrá muerto el, mamá?

Clara (con sobresalto) ¿Quien?

Alda. El medico. Debe haber muerto,  
porque fue su sombrero que hace

305  
poco atravesó el jardín. (Después de  
una pausa, con otro tono) El pasó el  
resto de la mañana con nosotros y  
mamá mejoró. El estaba allí con  
los ojos llenos de aflicción y de ter-  
mura, y el aire que le entraba por  
la boca silbaba. (Mostrando el bisei-  
bis) El estaba allí más pálido que  
la Luna. Mira, ve como estoy, fíjate  
solo por haber pensado en él (Clara  
va a cerrar la ventana. Alda se opo-  
ne) Es inútil cerrarla, ya él está con  
nosotras!

Clara Después de un momento angusti-  
so) Alda; mas que tienes tú?

Alda Yo? (Vacilando) Tu me no-  
tas, mamá, alguna cosa? (Con intención)  
Quiero que yo mande llamar al me-  
dico?

Clara Quien te habló del médico?

Alda, Pues no fuiste tú, mamá? (Otro

notono) Deje. (Sentase al piano y  
 circunmancia la sonata) Recuerdos?  
 el Blanca oye, radiando) Recuerdos?  
 te extremee y se levanta impetuosamen  
 te Blanca sigue el movimiento sin  
 espulsivo, y, las dos, inmóviles, se miran  
 con asombro, el perro anda lastimo  
 samente, Alda estaca el brazo para  
 mostrar alguna cosa dentro de la no  
 che) oiste? (Va de puntillas hasta la  
 tocantana, mira y torna hacia el piano)  
 al Blanca. Hace mucho frío. Cierro la ven  
 tana.

Alda. No; el frío está en nosotros. El pobre  
 hisopinto viene a calentarse junto a  
 nosotros; démosle un poco de calor.  
 Mas túmbos con heladeras, "El invierno  
 es la supresión de los tumulos, como  
 el primer es la exhalación de las  
 curvas". Esto oí yo en mentas. El amor  
 es mas fuerte que la muerte; y no

3003  
es solo con los manifestaciones  
suavizadas del beso y de las palabras  
languidas, de los juramentos naci-  
dos en la boca, sin raíces en el corazón,  
como se demuestra el amor, es tam-  
bien en la oscuridad parece un apelo,  
un consuelo, el último afecto que re-  
conforta a los desaparecidos. No  
es así? ¿cuántos ego dueños mi  
madre me olvida porque no oye mis  
pasos, porque no ve mi sombra mo-  
verse? No! y porque temo de  
olvidar a los finados? Las muor-  
tas andan en nosotros. Yo, todas  
las noches, después de mis sueños,  
pienso en bien morir a mi padre  
como antes se lo pedía y siento  
que él me responde: así también  
es natural que mi madre lo  
sienta en el lecho acompañan-  
do, adorando, guardando. (Tu

(fantasmando) Si ya muere 3066  
tenía escape de tomar una  
doncella que me sustituyere, alojá-  
dola en mi cámara, dándole mi  
lecho, mis muebles, mis joyas,  
mis pájaros, su coramio y su  
bendición?

Clara. ¿Que locura, hija mía!

Alda. No lo hea. Entonces, ¿por qué?

Clara. (Abriendo mucho los ojos)

¿Que quieres decir?

Alda. (Sombriamente) Quiero  
decir que los muertos no pueden  
ser substituidos.

Clara. Alda, hija mía... ¿tú es-  
tás enferma?

Alda. Yo? Mas si el médico vi-  
niere a verame yo me moriré  
de vergüenza. (Dulcemente) Ma-  
má, no me obligas a besarle  
los manos y los mejillos, como

yo iré a mi padre ¿no es  
verdad?

Blanca. Porque hablas así?

Alda. Por qué? No sé! Que te dije  
yo? Estoy hablando tras los  
te.

Por ver no sea yo quien  
habla; para por mis labores, un  
suplido helado, y mi boca está al  
servicio de alguien. (Sordamente)

Mi boca es como un ecosistema  
de mi alma repite las palabras  
que el apuntador le suple desde  
de el fondo de la cueva. (Otro  
Truco)

Mi padre anda siempre  
cerca de mí. Aun hoy mismo le  
vi.

Blanca. Tú?

Alda. Yo estaba viendo, cuando  
sentí el corazón crecer, como si  
se multiplicase. Quedé roturada  
sin aire; la oración muere en

en mis labios; todo mi cuerpo se turbó.  
 Tuve un gran miedo, pero una fuerza  
 extraña impulsóme hacia la ven-  
 tana, (tiene un esculpido. Respira  
con angustia) salté de la cama des-  
 calza.

Clara (con medroso interés) Cuando?

Alda (armoniosamente) Hoy!

Clara. Hoy?

Alda. Hoy. Quédese mirando y leer.

Clara. Qué le viste?

Alda. Un bulto...

Clara. Viste?

Alda. Caminando cantulosamente  
 entre los árboles. Aparecía, y des-  
 aparecía, a la luna. La arena se  
 crepitaba a sus pasos, las ramas  
 no se estremecían cuando él las  
 rozaba (ordenadamente); En él!

Clara. Quién?

Alda. Quién? Que otro hombre prodigioso

entrar en esta casa a tales horas?  
 (Otra vez) La puerta abriese sin rui-  
 do como si hubiese sido resbocado  
 con lubricantes; y el paso, desapa-  
 reció. (Un va. va. va.) Solo los  
 espíritus entran así en las cosas ce-  
 rradas, forzando la puerta con un  
 soplo. Los espíritus o los enmima-  
 les. ¿Quién sería? En el tiempo en  
 que él vivía, un hombre atravesa-  
 ba el jardín, a la noche, en misterio  
 y la puerta abriase silenciosamente, por  
 darle paso. (Un intencion) Era  
 el médico. (Movimiento de  
 Clara) Hoy, pues, por una larga  
 enfermedad fue afeccionado.  
 (Un simulado infatigabilidad de  
 Vanda los ojos en Clara) Si ma-  
 ra estuviera enferma, yo  
 sería la primera en saberlo,  
 ¿no es verdad?

Clara. ¿Por qué no te vas?

Alda. (Después de una pausa, como en un sollozo) Eres más dichosa que yo, que no me das, ni una visita, de un suplicante infante. (Otro tono) Trémula, renovo toda la casa, examinando bien por mí misma. (Repentinamente, en un sobresalto) ¿viste?

Clara. (Extremeciendo) ¿Qué?

Alda. ¡Gimien!

Clara. (Aterorada) ¿Gimien?

Alda. Gimien como el germen.

Clara. Ah, mi Dios! ¡Te estás loca, hija mía!

Alda. Gimien; bien lo vi. Ah, mi Dios, ¿me torcerá el? ¿Quién sabe, madre mía! ¿Quién sabe! Los muertos ven claro en los sonoros, más densos; ¿Quién sabe si no está por aparecer alguna

880E  
coga? (Aulla el perro) oye, oye!  
(La gorrina nerviosamente)

Blanca. ¿Es el perro?

Alda. (Después de un momento  
de atención) Ah, expen. (Se re-  
pente) Ya vuelvo...

Blanca. ¿Dónde va?

Alda. Es un instante... (Se  
encamina hacia la derecha)

Blanca. ¿Me dejas solo?

Alda. (Entrando en la derecha)

Se está ahí...

Blanca. ¡Alda!

Escena III

Blanca. (Sola)

Blanca. (Después de meditar)

Lo mejor es hacerle salir in-  
mediatamente. ¿Que tendrá Alda? La  
fiebre mas tifosa la hace deli-  
cor. Que siempre así, desde pe-  
queña. Además, no duerme.

las vigiliias a la cabecera de enfermo  
 la habituaron a envolver los noches  
 en dias. ¡Cuatro meses! ¡Padre Aldo!  
 aun no le vinieron los crisis durante los  
 cuales queda como muerta, rompien-  
 do repentinamente a cantar y a  
 llorar. ¡Permítala el Señor que no  
 le venga la crisis! "Ella puede salir  
 de unas de estas convulsiones com-  
 temerante perdida." ... (volviendo se  
 pasa la inquirida) me dijo el, tiene  
 muy risa. (En otro tono) No creo que  
 ella sospeche! Verdad es que de un  
 tiempo a esta parte, me evita, au-  
 da con mucha reserva conmigo,  
 y apenas si responde a lo que le  
 pregunto. Si aye el menor de  
 mis pasos pueda perturbada y  
 corre a evadirse en un canto.  
 Y ella, que antes lloraba a cualquier  
 referencia que se hacia del finado

ahora queda impasible o se irrita  
y huye. Mas que raro. ¿Entonces por  
desconfiar? Nadie anda con mas  
cautela que yo ando. El entra tar-  
de, cuando todos duermen. El perro  
no ladra, tan lejos está que solo olfa-  
teando el aire podrá sentir al huesped  
nocturno. Entre tanto sus palabras, sus  
miradas... Dice que vio un bulto... Será  
una alucinación? Debe haber sido.  
El recuerdo de su padre no la deja.  
(De repente) ¿Mas, ¿que tengo yo? (Va  
a cerrar la ventana y retrocede asus-  
tada. El perro aulla.) ¿Que tengo yo?  
(Camina hacia la izquierda y queda  
escuchando. Sordamente) Lo mejor es  
hacerle salir cuanto antes. Es preciso  
que yo quede a solas con ella. (Pues  
cu la vela en el suelo) La vela cayó  
por aquí... No está... (Levantando-  
se) Es preciso que el salga cuanto antes.

(Camina precipitadamente hacia la izquierda, se detiene un momento en la puerta, y desaparece. Después de un pálido silencio, el perro aulla. Alda entra por la derecha con un fósforo encendido. Busca a la madre con la mirada y sonríe; al no hallarla, amargamente, arrojando el fósforo por la ventana.)

#### Escena IV.

Alda (sola)

Alda. Toda esta cosa está aun forrada de luto. Hay aun el olor de la cera que ardía a la cabecera del muerto. Durante el día todo sigue en silencio. El sol debe jugarla inocente; a la noche, pues, se le caen las gasas del cuerpo y la hipocresía del alma. (Otro tono) No! Los muertos no vuelven. Dios es bastante misericordioso para hacer

505  
en la mañana tratan a los miseros des-  
berrados. Si el alma cariñosa del  
que se partió volviese a la noche ya  
visitasen los niños de la casa sol-  
dada avombrado. Quién nos dice a  
nosotros, que no vemos bien con los  
ojos hechos para la luz del día, los  
misterios de la noche, que esos go-  
tos que amanecen brillando en los  
ríos y en las flores,  
no son los logrimos de los muertos  
que salieron para visitara la vi-  
da? ¡Pobres muertos! Huyen de  
los temblores llenos de dudas,  
y se rean de nuevo desengañados  
y arrepentidos! ... No, no vuelven!  
Lo que yo veo, lo que yo siento son mis  
proprias cuidados; los espectros salen  
de mí: yo soy un repulso que exhala  
demonios. Los vivos, después de los en-  
tierras, hacen lo que los muertos

de casa al despedir a los visitantes, quedan a su voluntad, mas tranquilos y libres. (Tristemente) Tueras una visita de ceremonia en esta casa, pobre hombre! Partiste... y ella allí está! (Oyen golpe a una puerta en violencia. Se estrema y queda un instante escudriñando la ventana a esconder el pape. Enciende un fósforo. Lo abraza brevemente a la altura de sus ojos para iluminarse; se inclina despues, sobre la ventana y se queda observando. El perro ladra furiosamente. Oye unas voces sordas en el jardin. Con angustia) Oh, Dios mío!... (Llorando) Manuel! Manuel! (Clara entra por la izquierda, sobresaltada) Manuel! (Enciende un fósforo y lo tira por la ventana)

Escena V.

Hlda. Clara y Una voz (fuera)  
Clara. ¿Para que llamas al jardinero?

(viéndole temer otros fantasmas por la ventana)  
¿Que haces?

Alda. Esporo los versos! (llorando)  
Mamuel!

Blora. Lentate de la ventana. (Intenta separarla para cerrar la ventana)

Alda. Ven a ver ahora para que no vuelva a decir que estoy loca. Hace poco, cuando yo hablaba, tú, mamá, me mirabas con ojos piadosos, y llenos de incredulidad, juzgando me loca. Ven a ver. Oyes el perro? Está muerto, alfatea el jardín. (El perro ladra mas cerca)

Blora. ¿Quien saltó el perro?

Alda. Alguien. No fue la luna que fundió los estabones de la cadena: la luz de la luna es fría como la claridad de la nieve. Ven a ver ahora. (Agarra remueltamente el brazo de Blora y la arrostra hacia la

ventana; ¡Allí!.. ¿Ve? Entre los árboles  
¡Allí va!..

Clara. ¿Mas; quien saltó al perro?  
Alda. No se... ¡Clara tus ojos en el  
jardín, madre... La escena es mas  
interesante en el jardín que en mi  
vestibulo... ¡Clara tus ojos en el jardín!..  
¡Ahora! (llorando) ¡Manuel!  
Manuel!

Voz (fuera) Estoy sujetando al  
perro.

Alda. ¿Quien está contigo?

Voz (fuera) El muchacho que me  
trajo el recodo de la patrona.

Alda. ¡Llévate al perro muerto!

Clara; ¡No!.. (Estranguladamente)

¡No! ¡No!.. (Se oye sonar una campana  
millar la distancia)

Alda. (Desde la ventana) ¿Quien va?

Voz (fuera) ¿Qué el señor Doctor!

Alda. (Volviéndose de repente, y cla

sondo los ojos en blanca que retrocede  
aterrada viste? (Palabra a palabra)  
Fue el señor Doctor (Dulcefrancisco) en  
tonces había un enfermo aquí en  
casa? (El perro ladró a lo lejos) Por  
que no me lo dijiste Mamá? He  
de ser yo siempre la última en  
saber tu sufrimiento? Queda en  
estrano a tu cabeceira y yo que  
debía estar allí permanecer con  
un cuerto leyendo tranquilamente  
No es mucho bondad mucho bondad  
Quiero agradecer al buen amigo tan  
discreto y desinteresado solicito  
(A la ventana blanca) Manuel!  
Manuel!  
Blanca Quiero a hacer?  
Voz (fuera) Patrona!  
Alba Llama al Doctor de poner!  
Voz Quiero que lo llame?  
Blanca (angustiosamente) No! No!

Alda (en calma) ¿Por qué?

Blanca, ¡No! Déjalo que se vaya! (Sosteniendo los brazos) Que pierdes  
tienes, Alda?

Alda, aferrándole los brazos, ¡me  
te dispensa. ¿No fue el quien  
quedó a tu cabecera? Durante  
la enfermedad de mi padre, siem-  
pre me el doctor se retiraba, tú  
le acompañabas hasta la puerta  
y allí permanecías mucho tiempo  
hablándole bajito, sin duda apre-  
ciándole sus cuidados con el  
enfermo. Es preciso que yo haga  
lo mismo. (Llamando) Manuel  
Manuel!

Blanca (débil, suspirando) ¡No! De-  
jalo que se vaya... (Con las manos  
cruzadas, temblando, casi asustada)  
Déjalo! Déjalo!

Blanca (Amparada) Sí, sí, sí, Manuel!

2705  
(La tía se senta en el sofá y a  
la tía) ¿Qué tienes? Porque llo-  
ras? (Repentinamente, sacando  
un papel del bolsillo) Tengo aquí  
una receta que encuentras ayer.  
Creo que es la misma que el pa-  
pelo cuando, días después del  
entierro una noche, mamá le  
mandó llamar. ¡Mira! (Entrega  
un papel y enciende un fo-  
fio asegurándose, temblando, cer-  
ca del bruto de Clara y Clara  
al ver el papel grita un grito;  
levantase impetuosamente y  
clava los ojos enormes en Alda  
que se mantiene impasible).  
Clara (con voz sorda, temblando)  
¿Dónde hallaste esa carta?  
Alda, ¿Carta? Pues, no es una  
vieja receta? Mamá se mal-  
dece, que yo la leo; estoy acor-

tumbada a leer a la luz de  
la luna. (Clara estruja el pa-  
pel) ¿Que cosas? (Clara se aproxi-  
ma al rayo de Luna y examina  
el papel, temblando, balbuceando  
palabras ininteligibles. Levanta la  
cabeza y se encuentra con los ojos  
de Alda que la miran impa-  
sibles) ¿No es una vieja receta?

Clara. ¿Tu lees lo que dice aquí?  
Alda (después de una pausa)  
no; no lo lei! Clara, ¿tu lees aun  
lo que está escrito en aquel graba-  
do? (Señalando uno de los dice-  
chos) No! Porque ya conoces lo que  
dice y el asunto. Pero ¿que habría  
yo de leer? (Sonríe)

Clara. ¡Alda! (El perro ladra  
a los lados)

Alda (Corriendo a la ventana) ahí  
viene el médico. (Un gran viento

308  
ajita en violencia los ventanos. (Re-  
truce de aterrada) Es mi prón! mi  
prón! (Desvanecida) Ve', mamá,  
ve? (Rizida, con la axis muy abier-  
ta, se aferra al piano)

Clara. ¡Alda! Hija mía!... (Alda  
sadea, después se pone a reír; desan-  
sa la mano en el tedado (me suena)  
¿Que tienes, hija mía? (Alda perma-  
nece inmóvil) ¡Habla! (Corre a  
la ventana y llama) ¡Mamuel!  
¡Mamuel! (Desgarradamente  
al ver la inmovilidad de su hija)

¡Mamuel!  
Voz (a los lados) ¡Pauca!  
Clara. Ve deprisa a llamar al  
Doctor... ¡Corriendo!...  
Voz (fuera) a llamar al Doc-  
tor?

Clara. ¡Sí!...  
Alda. (en un grito, arrodillándose)

Padre mío!...

Blas, ¡Alda!

Alda. (Después de mirar a su madre con la voz silbante, como si le escucha)  
(...ese la palabra en el rostro)

¡Mala! ¡Mala!... (Salto y se al mismo tiempo y con una cargada. ¡Mierda! Se ape  
suar una camiserilla en la distancia. El perro aulla lasti  
meramente)

Blas (desorientada), Alda! Alda!  
¡Mija mía! (Desdobl el papel y lo  
mira tembloroso. Las ventanas  
batan con estruendo. Atorada,  
aferrándose a su hija) ¡muse-  
ñandía! ¡Miserandía!

Cae el telón.

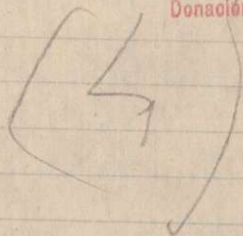
Santa María 10 de Febrero 1929

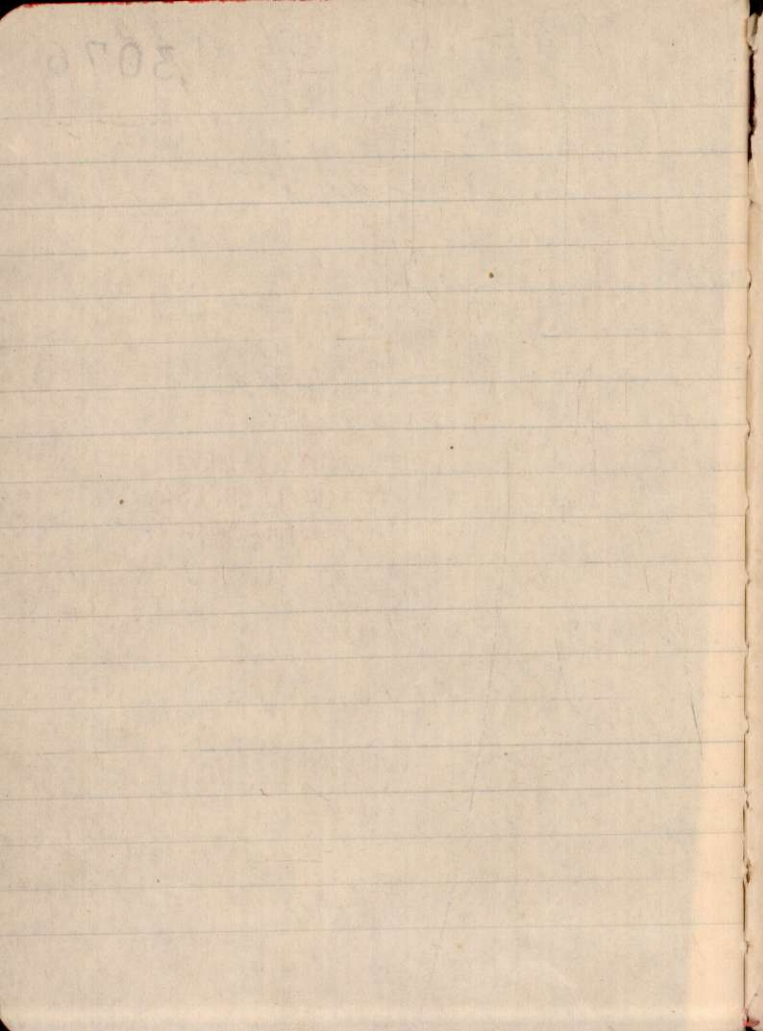
3075

Índice de este tomo

- El Desconocido (de Fernando Noriega)
- Nube (de Caetano Netto)
- Blanco de Luna (de Caetano Netto)

— AYUT.º ALMERIA  
F. VILLAESPESA  
Donación: A. MORENO





R/L.

3000